

CULTURA Y EDUCACIÓN EN LA NACIÓN AMERICANA

UNO de los problemas que más ha preocupado al educador americano en los últimos años es el de la integración de la cultura y la educación. Su principal interés estriba en buscar la manera de hacer que la educación sirva a la cultura de tal modo que una no marche en dirección opuesta a la otra o que, por lo menos, no marchen en perenne divorcio. De ahí que el educador estadounidense se preocupe tanto por lo que él llama el "American way of life" o dicho en nuestra lengua: por la forma de vida americana.

Cuando se habla de la forma de vida del estadounidense se trae a la mente la cultura de aquel país con todas sus cosas buenas y malas. En ella, como en toda cultura, hay, en grado mayor o menor, lucha de clases, prejuicios de raza, deseo de lucro, individualismo, grandes intereses creados que aspiran a dominar porque tienen inmenso poder económico y político, intereses que se encuentran en lucha y generan conflictos. Hay además, como antítesis a lo anterior, un gran interés por desarrollar cooperación entre las diversas clases sociales, deseo de eliminar los prejuicios de raza, gran fe en las prácticas coope-

rativas y ansia por controlar y limitar el gran poder político de los grandes intereses corporativos. Hay, sin duda, un gran desarrollo técnico que viene como consecuencia de la aplicación de la ciencia a todos los aspectos de la vida. Y aunque parezca paradójico, siendo ese país una nación de alto espíritu religioso, tiene una fe inquebrantable en la ciencia y en su aplicación práctica en la vida. Es un pueblo que ama la libertad y, aunque cuenta con hombres que son líderes en las esferas nacional e internacional, ha desarrollado el concepto de que no es el líder quien debe dictar al pueblo lo que éste debe hacer. Antes bien, es el pueblo quien le señala al líder las pautas a seguir. Es un pueblo que tiene fe en el hombre, fe en la libertad, y para que haya libertad personal ha desarrollado un alto grado de tolerancia. Es por eso que pueden convivir allí más de 240 credos religiosos distintos sin que se persiga a nadie por sustentar su particular creencia. Y en política, hasta los comunistas tienen libertad plena que sólo se les restringe, como se le restringe a los demás ciudadanos, cuando sus actuaciones tienden a destruir o derrocar el gobierno libremente electo o constituido por el pueblo.

Ante este cuadro, que no es completo ni pretende serlo, de lo que es la forma de vida americana, conviene analizar lo que hace la educación estadounidense para servir a la cultura de ese país.

Durante el período colonial la labor educativa se redujo principalmente a trasladar de Europa a América los mismos ideales y métodos educativos que prevalecían en el viejo mundo. Cada colonia era en ese sentido una copia de la madre patria. En las del Norte, la ciudad, aldea o pueblo, asumía la obligación de educar. En el Sur quedaba la educación como una función del hogar. En las colonias centrales prevaleció una u otra tendencia dependiendo de que el pueblo de la colonia sustentara la fe protestante o la anglicana.

En 1834 Pennsylvania adopta un sistema de escuelas públicas. Es en este siglo XIX que se deja sentir la influencia europea con mayor fuerza ya que en Suiza el gran Pestalozzi ha hecho sus ensayos de los cuales Alemania y Estados Unidos

copiaron grandemente. La influencia pestalociana llega a América a través de la observación directa de la obra de Pestalozzi en Suiza y, en forma indirecta, copiando lo hecho en Alemania. En este empeño se distinguieron Horace Mann (1796-1859) y Henry Barnard (1811-1900). Hacia la última mitad del siglo XIX el coronel Francis Parker (1837-1902) inicia un movimiento progresista en la educación el cual preparó el camino para la obra de John Dewey (1859-1952), padre de la educación moderna en los Estados Unidos.

Con este movimiento progresista, reforzado por el naciente movimiento reconstruccionista iniciado últimamente por el profesor Brameld, la educación tiende a ponerse más y más al servicio de la cultura. La educación tiende a ser un proceso funcional, utilitario y práctico ya que el pueblo americano es también práctico. Fuera de aquellos eruditos que aman el saber por el saber mismo, que consideran el saber como una ocupación propia para la clase ociosa, el hombre americano desea que su hijo aprenda para algo más bien que simplemente algo. Se aprende aritmética no para saber aritmética sino para resolver problemas de orden cuantitativo.

Esta tendencia utilitaria en la educación involucra a la escuela con todo el progreso de la nación. La educación tiende a examinar el modo de vida americano, a analizarlo, criticarlo y a mejorarlo. Prepara al joven americano de tal manera que desarrolle actitudes democráticas. Con el uso de la dinámica de grupos tiende a capacitar la juventud para que en la discusión abierta, franca y sincera de los problemas logre consenso de opinión más bien que simple acuerdo mayoritario. Lo capacita para que examine todas las ideas, tanto las suyas como las ajenas, las critique, las evalúe y las acepte si llega a convenirse de que son buenas. Lo capacita además, a través de la sana discusión, para que trate de convencer a otros de la bondad o no bondad de los cambios que se proponen en su comunidad, en su país y aún en el mundo entero. Lo capacita vocacionalmente dándoles en el programa de estudios orientación hacia los oficios y las profesiones a la vez que desarrolla en ellos el concepto de la dignidad del trabajo. Es sabido que en muchos

países se considera, desde la Grecia antigua hasta hoy, el trabajador manual como un ser inferior. Allí el inferior es el holgazán, el que pudiendo hacerlo, no se vale por sí mismo.

El educador está atento a las direcciones culturales de su país. Hace examen de los valores nuevos que surgen. Aquellos que son compatibles con la cultura y la época, que tienden a tomar carácter de general aceptación, los convierte en obligaciones morales y los incorpora al currículo de la escuela hasta convertirlos, a través del proceso educativo, en valores universales para la cultura americana.

La escuela americana no pretende uniformizar o "standardizar" la personalidad del americano. Hay allí ciudadanos de origen diverso, de creencias diversas. No tiende a borrar las diferencias individuales sino que aspira a agrandar estas diferencias. No aspira a que todos los hombres piensen de igual modo. Más bien alienta estas diferencias. Ahora bien, basándose tanto en el progresivismo de Dewey como en el reconstruccionismo de Brameld, tiende a enseñar a cada individuo a pensar por sí mismo. Para la democracia americana es preferible que el hombre sepa pensar independientemente antes que permitir que otro, no importa lo sabio que sea, piense por él.

Para lograr esto, el maestro americano reclama libertad académica. Sin ésta no se podrían discutir los lados de un asunto controversial, cosa que equivaldría a encadenar la conciencia y el pensamiento de maestros y alumnos. Esto no sería saludable para la democracia americana. Éste que, más que derecho, es un deber, quedó consagrado para los educadores del mundo desde que en Bolonia, Pietro Pomponazzi (1556) sostuvo que el maestro debe estar dispuesto a todo, aún a sufrir persecuciones, por amor a la verdad. Creen los educadores americanos que sólo en un clima de libertad se puede aprender a ser libre y a desarrollar el grado de responsabilidad que todo hombre libre debe alcanzar.

La educación americana se centraliza en el presente sin perder de vista el pasado ni el futuro. El pasado es un recurso muy valioso que ilumina el presente. El presente nos trae problemas que necesitamos resolver, y muchas de las destrezas,

conocimientos y habilidades del pasado nos ayudan a afrontar esos problemas inteligentemente. En la solución de esos problemas corregimos la experiencia del pasado y adquirimos nueva experiencia, nuevos conocimientos, habilidades y destrezas que nos capacitan para resolver con mayor inteligencia los problemas del futuro.

La educación americana tiende a crear inquietudes. Muchos de nosotros quisiéramos la complacencia, un estado de quietud espiritual que nos permitiera ser felices. Esa forma contemplativa de la vida no se ajusta al modo de ser del americano. Educar es inquietar. El hombre no puede estar satisfecho con su estado actual. La educación crea necesidades y ofrece mejores medios para satisfacer las necesidades que todo ser humano tiene en este mundo. Creando este clima de no complacencia es como la educación ha logrado ese espíritu inventivo que caracteriza al pueblo americano. Ese espíritu creador se manifiesta en la ciencia, el arte, la música, la industria, el comercio, la literatura, etc. También se manifiesta en la experimentación educativa. Esa actitud científico-experimental ha penetrado en todo y ha creado una nueva fe: la fe en el poder del hombre para determinar su propio destino y hacerse por sí mismo un mundo mejor. La razón se aplicó en la Antigüedad y en la Edad Media para comprender mejor el mundo inteligible de que nos habló Platón. Desde el Renacimiento hasta hoy se ha venido usando para conocer y utilizar mejor el mundo sensible de que nos habló aquel gran pensador. En Estados Unidos la educación ha creado un clima adecuado para que el hombre esclavice la naturaleza y la ponga a su servicio. Esto requiere una educación activa, creativa y, sobre todo, propositiva y funcional.

Aún la educación no lo ha logrado todo. Hay mucho que cambiar y mejorar. Cuando el hombre organizó la familia tuvo que crear los valores que le fueron necesarios para este nuevo tipo de vida. Cuando organizó el clan y luego la tribu, también tuvo que crear nuevos valores. Igual ocurrió cuando se organizaron los imperios y las naciones. Hoy día el pueblo americano está empeñado en que el mundo constituya una organización

internacional con miras a acabar con las guerras y producir un estado de solidaridad internacional que conduzca a la solución pacífica de todos los problemas. Requiere esto una reconstrucción del orden internacional presente. Exige la creación de nuevos valores, tanto en los Estados Unidos, como en los demás pueblos del mundo. Esto es un reto a la escuela americana y a la de todos los pueblos del mundo. Si lo logramos, nos salvaremos. Si no lo alcanzamos, ocurrirá lo que el historiador Charles Beard predijo en una ocasión en que un amigo le preguntó: "Sr. Beard, ¿qué cree usted de la tercera guerra mundial?" Beard le respondió muy seriamente: "Sé mucho de la primera, la segunda y la cuarta. De la tercera, nada sé". Asombrado aquel amigo del historiador, por la contestación recibida, le suplica que aclare esto.

Beard le responde: "Sólo sé que la cuarta guerra mundial se peleará con macanas y flechas". Y yo, señores, pensando en los grandes recursos destructivos que el hombre tiene a su alcance, pienso en que si la escuela, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo, soslaya su responsabilidad, ni siquiera llegará el hombre a pelear una cuarta guerra mundial, sencillamente porque el ser humano habrá dejado de existir por una simple falla en su educación.